

A la letra

La fuente de la eterna dulzura

◆ BÁRBARA JACOBS

He oído que la gente tiene toda clase de mascotas, desde las más comunes, como son el perro o el gato, hasta las más exóticas, por llamarlas de algún modo, como pueden ser la serpiente, la tarántula o el mono. Pero nunca había oído que alguien tuviera de mascota a una abeja o, quizás más insólito, a toda una comunidad —¿es el término correcto?— o enjambre de abejas.

De modo que, cuando el otro día entré al café y me di cuenta de que estaba siendo ocupado o visitado o recorrido por una zumbante invasión de abejas, estaba por darme la vuelta y despavorida salir corriendo cuando una de las meseras, de nombre Jenny o Jessy —no alcancé a leer bien las letras blancas bordadas diagonalmente en el extremo superior izquierdo de su delantal verde—, me detuvo. “No se asuste”, me conminó; “no la van a picar. Si una abeja se le acerca, ponga la punta de la lengua entre los dientes, como si se la mordiera, y le aseguro que la abeja no la picará.” Por ser amable, pero internamente decidida a salirme del lugar y no volver a pararme por ahí hasta que me constara que los bomberos, o qué sé yo qué cuerpo de auxilio

pertinente, hubieran eliminado de raíz a las abejas, le pregunté a Jenny/Jessy cómo sabía o por qué conocía ese truco o mecanismo labiodental de defensa que protegía a toda prueba a la posible víctima de un piquete de abeja. Sonriente y tranquila, Jenny/Jessy me contestó que ella y su hermana desde chicas habían tenido abejas como mascotas, de modo que conocían sus hábitos bien y las abejas nunca las habían picado. Le confié que a mí tampoco, pero que en cambio una vez había sido testigo de un incidente tan espantoso con abejas que, si quería saber, prefería no arriesgarme nunca, o nunca más, a ser víctima de semejante horror.

Para explicarme, le conté que, pocos meses atrás, precisamente mi hermano, al señalar a los bomberos en qué rincón de la terraza se encontraba el nido —¿es el término correcto?— de abejas que debían eliminar, había sido perversa y ferozmente picado por una de ellas que, avispada, vengativa y sin clemencia voló directamente hacia él y se le metió en la nariz. “No olvido —referí a Jenny/Jessy— los gritos que daba mi hermano”; era evidente que el dolor que sufría era tal que le impedía razonar, pues no

le permitía ni siquiera expresar qué le había sucedido; no le daba lugar ni siquiera a simplemente exclamar “Me picó una abeja”. Desesperado, se llevaba las manos a la cara, a la nariz, veía al cielo y gritaba y gritaba, “¡Ay! ¡Ay!”. Sin consultarlo, de inmediato llamamos a una ambulancia y sin pensarlo dos veces lo llevamos a Urgencias del hospital más cercano a la casa.

Por supuesto, callé frente a Jessy/Jenny cuál había sido mi verdadera reacción ante el horrendo suceso; no podía contarle a ella ni a nadie cómo, al ver a mi hermano en ésas, al oírlo gritar y gritar, yo había sido presa de un ataque de risa —que se repite cada vez que recuerdo el vívido accidente— tan desatado e incontrolable que me había resultado imposible cortar. Veía correr a mi hermano, lo oía gritar, lo contemplaba llevarse las manos a la cara inútilmente y en vez de auxiliarlo, yo no hacía más que reír, reía y reía. La verdad era que yo no había llamado a la ambulancia, pues quien la tuvo que llamar, dada mi propia crisis, fueron los bomberos. Y no pidieron una, sino dos ambulancias. No referiré nunca a nadie que mientras que una, con toda razón,

POR TEMOR A QUE JENNY/JESSY ENTREVIERA LA VERDAD DETRÁS DEL INCIDENTE DE LA ABEJA QUE HABÍA PICADO A MI HERMANO DENTRO DE LA NARIZ, FINGÍ CONFIAR EN LA CONFIANZA CON LA QUE LA JOVEN MESERA ME INVITABA A SENTARME EN LA TERRAZA Y TOMARME UN CAFÉ.

había sido para mi hermano, vergonzosamente la otra había sido para mí. La de mi hermano, efectivamente lo debía llevar y lo llevó a Urgencias del hospital de la esquina; pero la mía, a donde me debía llevar y, ¡Ay!, me llevó, fue directamente al Psiquiátrico. Dos explicaciones; dos instrucciones. Era afrentosamente claro que el ataque de risa, del que yo había sido presa al ver sufrir a mi hermano atacado por una abeja, no había sido una respuesta que pudiera atenderse con ningún tipo de primeros auxilios; a todas luces había sido un brote de locura vil que, como todo brote de locura vil, no debía ser atendido sino con los extremos métodos y las radicales técnicas usuales de la psiquiatría, métodos y técnicas que tocaba a los psiquiatras y a nadie más aplicar nada menos y nada más que a los locos viles, y en este caso, a mí.

Por temor a que Jenny/Jessy entrevistara la verdad detrás del incidente de la abeja que había picado a mi hermano dentro de la nariz, fingí confiar en la confianza con la que la joven mesera me invitaba a sentarme en la terraza y tomarme un café; fingí ser indiferente al imparables zumbido

de las abejas que volaban de un lado a otro del recinto; fingí ser indiferente a su paso ponzoñoso y veloz, a su congénita y evidente amenaza. De modo que alcé el tarro y me lo llevé a los labios, di el primer sorbo como si no estuviera temblando de ansiedad y como si no sospechara que de un minuto a otro podía ser atrocemente picada por una abeja, si no dentro de la nariz, pues habría sido una coincidencia demasiado extraordinaria, inmerecida por una persona como yo; quizás sí en los labios, para que me los sellara y me impidiera reírme y, menos, soltar la carcajada. Pasara lo que pasara, no debía echarme de cabeza frente a Jenny/Jessy, que hasta ese momento podía haberme tildado de una cliente rara pero, nunca, de una pobre enferma, que en el fondo de mi esencia más profunda es lo que soy, una loca, una loca de atar, por más que la mayor parte del tiempo, especialmente cuando estoy en público, logre pasar por una mujer cuerda, tranquila y sensata.

Sin embargo, y por fortuna para la humanidad, no toda la gente es ni está loca. Hay personas que en público y en privado son

cuerdas, tranquilas y sensatas sin necesidad de mostrarlo, de confirmarlo ni tampoco de fingirlo, sino sencillamente porque de naturaleza lo son, hagan lo que hagan, y así es como se las arreglan en la vida y en el mundo, cuerda, tranquila y sensatamente, bajo toda situación y circunstancia, ya sea la más común, cual puede ser tomar un café, o la más inesperada, cual puede ser verse bajo una invasión de abejas.

Tomaba mi café lo más apresuradamente que podía, más atenta a no descuidarme de un posible ataque y piquete de abeja que a saborearlo ni, según era mi costumbre, entregarme a pasar un rato sin prisa ni mayor preocupación en el lugar, cuando con toda claridad vi cómo una abeja se posaba en el bocado de pan dulce que la señora en la mesa frente a la mía estaba por introducirse a la boca. No grité por no precipitar nada; pero había quedado tan atónita ante el desenlace que presenciaba que estuve a punto de desvanecerme y caer de la silla.

Sin embargo, para mi sorpresa, la señora cerró los labios, bajó lentamente al plato el bocado de pan dulce con la abeja encima y, con una sonrisa y un asomo de risa casi provocada por la ternura, como ante un gesto inconsciente pero gracioso de un bebé, un gato o un perro, dejó que la abeja comiera o sorbiera ese bocado de pan dulce cuanto quisiera mientras que ella partía otro bocado de pan dulce y se lo llevaba deleitadamente a la boca, sobre la lengua, sin necesidad de morderse entre los dientes. ●